

El gobierno de Miguel Alemán (1946-1952) y la Universidad Nacional de México*

Por Felicitas LÓPEZ PORTILLO T.

CCYDEL-Universidad Nacional Autónoma de México

EN ESTE AÑO DE INICIO DE MILENIO se conmemora el 450 aniversario de la creación de la Real y Pontificia Universidad de México, presunto antecedente de la principal universidad pública de este país, la Universidad Nacional Autónoma. Por tal motivo, quizá sea conveniente recordar la conmemoración del cuarto centenario de dicha institución educativa, la que tuvo lugar en las postrimerías del sexenio presidido por Miguel Alemán Valdés (1946-1952), controvertido personaje a quien no puede negársele su decidido apoyo a la consolidación de la UNAM como semillero de personal técnico y administrativo requerido por un país moderno e industrial, que afanosamente buscaba construir la nueva generación civil llegada al poder en la inmediata posguerra.

En efecto, con el relevo generacional de los "licenciados" quedaron atrás los revolucionarios "prácticos" que, con base en su experiencia vital y social, buscaron remediar los males seculares de México a través de la lucha armada o de la riesgosa conducción de masas populares que exigían se hicieran realidad las promesas revolucionarias. Ahora gobernaba al país un civilizado equipo de universitarios, representantes de una generación urbana, clasemediera, tecnócrata y escéptica en términos religiosos, que postulaba la aplicación de criterios técnicos a fin de solucionar nuestra ancestral problemática signada por el atraso y la pobreza, y que apostó a la educación como la panacea para todos nuestros males.

Durante el sexenio alemanista se hizo hincapié en la necesidad de que el crecimiento económico fuera a la par del desarrollo integral del ser humano, y se postuló que para lograr esa meta era preciso mejorar y extender la educación a todo el pueblo (aunque durante el periodo analizado nunca se proporcionó a este rubro más de 9% del presupuesto).¹ Con todo, no se abandonó la esperanza liberal en la acción

* Una primera versión de este trabajo apareció bajo el título "La Universidad Nacional y los fastos alemanistas", en la revista *Universidad de México*, vol. LII, núm. 556, correspondiente al mes de mayo de 1997, pp. 9-12.

¹ James W. Wilkie, *La revolución mexicana (1910-1972). gasto federal y cambio social*, México, FCE, 1978, p. 196.

redentora de la educación, la cual, junto con la creación de infraestructura, era imprescindible para homogeneizar y unir el vasto territorio humano y geográfico de la república. Por eso, “la educación es y será la que tenga que dar la solución a la mayor parte de los problemas que aquejan a México”.²

La Universidad Nacional, fundada por don Justo Sierra en 1910 como parte integrante de los festejos del Centenario, sufría crisis recurrentes, producidas tanto por su calidad de representante del *ancien régime* como por los anárquicos tiempos revolucionarios. En 1929 le fue concedida la plena autonomía, lo que significó la ausencia de subsidio estatal. La obligación de atenerse a sus propias fuerzas ahondó los conflictos hasta que en el año de 1945, con motivo de la promulgación de la Ley Orgánica redactada por el eminente antropólogo Alfonso Caso, pasó a ser un órgano descentralizado del Estado. Éste se vio obligado a financiar la mayor parte de sus actividades y a respetar la autonomía —que significa la capacidad de la institución para gobernarse por sí misma, bajo sus propios lineamientos y condiciones, características que no deben confundirse con extraterritorialidad— y la libertad de cátedra. A partir de esa fecha se inauguró un periodo de prosperidad y estabilidad para la Universidad Nacional, y de creciente aumento de su importancia política, social y cultural en el devenir histórico mexicano, situación que provocó los comentarios de quienes señalaban que la llegada de los licenciados reeditaba la época de los “científicos” porfiristas. Ejemplo de ello es un editorial de la revista *Hoy*, a cargo del periodista José Pagés Llergo, donde se asentaba que, a dos años de iniciado el gobierno presidido por universitarios, el pueblo todavía esperaba los beneficios de su sabiduría: “Ciertamente que surgieron bajo el clima de la Revolución, pero sería estúpido afirmar que crecieron al amparo de ella. Productos de una Universidad destroncada de la realidad de México, aprendieron en libros lo que sólo enseña la experiencia”.³ Por cierto, las críticas iban dirigidas hacia algunos secretarios de Estado, no hacia la totalidad del gabinete ni, por supuesto, hacia el titular del Ejecutivo.

Como se señaló anteriormente, el licenciado Alemán Valdés fue el primer presidente civil de la era posrevolucionaria, y desde su preeminencia política apoyó decididamente a su *Alma Mater*. La mejor prueba de ello fue la construcción de la Ciudad Universitaria, magnífico ejemplo de la madurez arquitectónica —y estética— de los profesio-

² Declaración de Miguel Alemán, *Excelsior*, 4-III-1949

³ *Hoy*, 27-III-1948, núm. 579, p. 7

nistas y artistas mexicanos.⁴ El sueño de una ciudad especialmente dedicada a las actividades universitarias provenía de los tiempos del rectorado de José Vasconcelos, quien, durante la presidencia de Álvaro Obregón (1920-1924), buscó denodadamente hacer realidad las promesas redentoras de la Revolución a través del impulso cultural y educativo. Pero ese viejo anhelo se concretó sólo en el sexenio alemanista, cuando el país se lanzó a conquistar el futuro con un entusiasmo y una confianza que, vistos en perspectiva, asombran por su desbordado optimismo. La meta de esos años fue el crecimiento sostenido de la economía a través del impulso decidido a la sustitución de importaciones, aumento que se quería ver reflejado en el mejoramiento del nivel de vida popular. Como lo expresara en su discurso de toma de posesión el licenciado Alemán, su programa de gobierno se proponía:

El enriquecimiento del país, la lucha contra la pobreza y la abolición de la miseria; el impulso de la salubridad nacional, la elevación del saber y la cultura en todos sus grados, el mantenimiento de las reformas sociales en favor de la clase laborante, las garantías al esfuerzo de toda empresa progresista, el fortalecimiento de las libertades humanas y los derechos políticos y una administración de justicia expedita y honrada.⁵

Si bien es cierto que durante el sexenio alemanista la producción en todos los órdenes aumentó, especialmente en lo que respecta al sector secundario, no se dio el correlato de una mayor justicia social, objetivo perseguido con el incremento de la actividad económica y uno de los principales postulados esgrimidos por los gobiernos emanados de la gesta revolucionaria.⁶ Así lo tuvo que reconocer el mismísimo secretario de Hacienda y Crédito Público, Ramón Beteta, cuando afirmó que “el aumento de la producción económica no es, por sí misma, garantía de justicia social [...] no es sólo necesario que haya más, sino también que se reparta mejor”⁷ (y en esa situación estamos todavía, medio siglo

⁴ “Como instalación plástica, la Ciudad Universitaria constituye una de las imágenes visuales del México moderno y se cuenta entre las que mayor proyección han logrado en el campo internacional”, Juan B. Artigas, “Los edificios de la UNAM”, en *Memoria del Segundo Encuentro sobre Historia de la Universidad*, México, CESU-UNAM, 1986, p. 142.

⁵ *Los presidentes de México ante la nación 1821-1966*, México, Cámara de Diputados, 1966, vol. IV, p. 358.

⁶ Con objeto de ubicar el contexto de esos años, señalemos que en 1952 la población urbana alcanzaba un porcentaje de 31% de la población total, que comprendía 27.8 millones de personas. El crecimiento del PIB tuvo un promedio anual de 5.7% entre 1947 y 1952, superior a la tasa de crecimiento demográfico, que fue de 3.3%; Blanca Torres, *Historia de la Revolución Mexicana 1940-1952 hacia la utopía industrial*, México, El Colegio de México, 1984, vol. XXI, pp. 48 y 52.

⁷ Ramón Beteta, *La realidad económica mexicana*, México, México Nuevo, s.f.

después, en un contexto totalmente diferente, y cuando la demandante globalización ha complicado todavía más las cosas).

A pesar de que el *Alma Mater* del licenciado Miguel Alemán contó con la benevolencia gubernamental durante su sexenio, no todo fue miel sobre hojuelas en las difíciles relaciones de la academia con el poderoso en turno. En efecto, aunque las autoridades universitarias tuvieron todo su apoyo para la construcción de la Ciudad Universitaria, la Universidad sufrió diversas arremetidas con el fin de doblegar la resistencia de sus autoridades y obtener así el cabal cumplimiento de los designios oficiales. Ejemplo de ello fue la destitución del rector Salvador Zubirán, nombrado para tal puesto por la Junta de Gobierno en marzo de 1946, quien fue obligado a renunciar dos años después por medio de una violenta algarada estudiantil encabezada por alumnos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. El reputado médico había sucedido, en forma interina, al licenciado Genaro Fernández MacGregor, quien adujo los tradicionales motivos de salud para renunciar a tan difícil encomienda.

Durante el rectorado del doctor Zubirán se estableció el profesorado de carrera, se efectuó una exitosa “Campana de los diez millones” para recolectar fondos, se dio un decidido impulso a la construcción de la Ciudad Universitaria y se institucionalizaron las bases del futuro desenvolvimiento de la casa de estudios. Su exigencia de rigor académico caldeó los ánimos entre los educandos —se redujo el número de alumnos, de 21 000 a 16 000, gracias a la depuración de “fósiles”—, así como el aumento de la colegiatura, que pasó de 180 a 200 pesos.⁸

Como se apuntó anteriormente, desde la obtención de la autonomía se producían disturbios estudiantiles y el consiguiente cambio de autoridades casi cada dos años, inestabilidad que frenaba la buena marcha de la institución. Recordemos que durante casi toda la primera mitad del siglo pasado el nombramiento de rector de la máxima casa de estudios era un honor que significaba, como el citado doctor Zubirán declarara en una ocasión, “muerte científica, muerte política, muerte de todo tipo. Era una posición indeseable por muchos conceptos”.⁹ A partir de su caída terminaron los tiempos heroicos, pues el licenciado Luis

p. 22 (Discurso pronunciado en la XVIII Convención Nacional Bancaria, celebrada en abril de 1952)

⁸ En un editorial de *El Universal*, aparecido el 15-x-1947, se citan estimaciones del rector Zubirán: de cien alumnos inscritos, sólo cuarenta y siete aprovechaban debidamente sus estudios. Atribuía el hecho a que hacía falta orientación vocacional y una mejor selección física, intelectual y económica de los futuros universitarios

⁹ *Proceso*, núm. 1067, 13-iv-1997, p. 20

Garrido inauguró un largo periodo de paz que llegó a su término veinte años después. Por su parte, Jesús Silva Herzog, miembro de la Junta de Gobierno en aquel entonces, escribe que quizá la destitución del importante funcionario público se debió a que se negó a otorgarle el doctorado *honoris causa* al presidente norteamericano Harry S. Truman, quien visitó nuestro país en marzo de 1947. El rector consultó el asunto con la Junta de Gobierno, y se resolvió no dar cumplimiento a la petición presidencial, debido a que tal distinción se otorgaba sólo “a gente con verdadero valor académico”.¹⁰

El licenciado Miguel Alemán, en su visita de reciprocidad al vecino país un mes más tarde, recibió los doctorados en Derecho de las universidades de Columbia y Kansas; mientras tanto, el solicitado doctorado para Mr. Truman fue otorgado por la Universidad de Guadalajara.¹¹ Las consecuencias de la negativa no se hicieron esperar: el titular del Ejecutivo pasó la factura por medio de disturbios estudiantiles orquestados desde la secretaría particular de la presidencia. El doctor Zubirán salió del país a fines de abril de 1948, con lo que puso fin a la persecución en su contra.

A pesar de este penoso incidente, las relaciones entre el Estado y la Universidad Nacional de México fueron óptimas durante el periodo estudiado. En junio de ese mismo año de 1948 la Junta de Gobierno designó rector a Luis Garrido,¹² reputado penalista, hombre culto y verdadero humanista, quien llevó las riendas de la institución hasta febrero de 1953, cuando presentó su renuncia. El rector Garrido presidió un largo periodo de paz universitaria, el primero que se vivía desde hacía mucho tiempo; como es natural, se dieron algunas desavenencias durante su rectorado, como la sonada renuncia de dos miembros del Patronato Universitario en diciembre de 1949 —Gustavo P. Serrano y Carlos Sánchez Mejorada. Estos personajes, alarmados por la precaria situación de las finanzas universitarias, pidieron se efectuaran mayores economías en la aplicación del presupuesto, a la vez que consideraron necesario aumentar las colegiaturas y ampliar las fuentes de financiamiento. El Consejo Universitario, puesto en la disyuntiva de apoyar a los renunciantes o a la máxima autoridad institucional, se pronunció por el licenciado Garrido, con el argumento de que ya no

¹⁰ *Ibid*

¹¹ “Zubirán nos hizo caso y no hubo doctorado para el verdugo de Hiroshima y Nagasaki”, Jesús Silva Herzog, *Una historia de la Universidad de México y sus problemas*, México, Siglo XXI, 1990, p. 95

¹² “En los diarios capitalinos apareció en los días siguientes el *curriculum vitae* del nuevo rector, que se puede y se debe calificar de brillante un profesor de prendas excepcionales a la vez que un intelectual de primer rango”. *Ibid.*, p. 99

era posible apretarse más el cinturón: los sueldos de los académicos y del personal administrativo eran muy bajos, y el mismo rector no cobraba los mil pesos mensuales a que tenía derecho por gastos de representación. Además, se argumentó que el déficit denunciado por los ex integrantes del Patronato había sido causado por la devaluación del peso, ocurrida el año anterior.¹³

Las fastuosas celebraciones del Cuarto Centenario de la Universidad fueron un buen pretexto para entonar loas a nuestros eximios gobernantes. Para fortuna del licenciado Alemán, poseedor de un agudo y fino instinto político, el gobierno del primer presidente civil de la era posrevolucionaria coincidió, como ya dijimos, con el cuarto aniversario de la fundación de la Universidad (el 21 de septiembre de 1551, por medio de Cédula Real, se fundó la Real y Pontificia Universidad de México, similar a la de Salamanca),¹⁴ conmemoración que se juntó con la llamada "Dedicación" de la Ciudad Universitaria, efectuada el 20 de noviembre de 1952. Estas fechas fueron festejadas por todo lo alto y aprovechadas convenientemente por el Ejecutivo para erigirse como el primer universitario del país y, aunque la suerte política no lo favoreció en sus pretensiones, para ayudar a su deseo de convertirse en el primer ex mandatario rector de su *Alma Mater*, próximo al término de su mandato.

Las festividades dieron inicio el 19 de septiembre de 1951 con un homenaje de la intelectualidad mexicana al presidente de la República, con el énfasis puesto en el carácter de revolucionario y de universitario ejemplar que ostentaba el licenciado Miguel Alemán. Más de doscientas instituciones de cultura de todo el país se dieron cita en Bellas Artes para ensalzar su cruzada en pro de la superación integral de los mexicanos. Como ejemplo de su labor a este respecto se presentó la exitosa culminación de la Campaña Nacional de Alfabetización; la creación del Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas y del Patronato Nacional de Construcciones Escolares, cuyos esfuerzos cristalizaron en la edificación de más de tres mil planteles; la creación de numerosos institutos tecnológicos (en Chihuahua, Tlaxiaco, Monterrey, Guadalajara, Durango, Ciudad Madero, Orizaba y Celaya) y la dotación de modernos laboratorios al Instituto Politécnico Nacional (IPN), junto con la construcción de la flamante Ciudad

¹³ El presupuesto universitario para 1949 fue de 15 millones de pesos, pero se gastaron 18. El presidente de la Federación Estudiantil Universitaria, Carlos Torres Manzo, apoyó al Consejo Universitario en su litigio con los renunciantes (*Novedades*, 31-xii-1949).

¹⁴ En la primera quincena de mayo de 1951 el rector Luis Garrido asistió en Lima a la conmemoración del Cuarto Centenario de la Universidad de San Marcos.

Universitaria, por supuesto. Se ponderó también la edificación del pabellón de México en la ciudad universitaria de París, destinado a dar alojamiento a los estudiantes mexicanos de posgrado residentes en aquella ciudad, y la creación del doctorado en Derecho,¹⁵ así como la fundación de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales y la de Capacitación de Empleados de Prisiones. Aprovechando el viaje, también se le reconoció al Ejecutivo la celebración del Primer Congreso de Academias Nacionales de la Lengua Española ---reunión que no contó con la asistencia de la España franquista, pero sí de Filipinas--- efectuada para conmemorar un aniversario más de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra.

Durante el periodo analizado se crearon el Instituto Nacional de Bellas Artes y el Nacional Indigenista, los museos de Artes e Industrias Populares y el Nacional de Artes Plásticas, y se celebró la primera exposición de arte mexicano en Europa, organizada por la Secretaría de Educación Pública y la UNAM. De forma similar, en el castillo de Chapultepec se inauguró la Exposición de la Cultura Mexicana. Por todas estas realizaciones se dotó al licenciado Alemán con el título de "Abanderado de la cultura". Como ejemplo de las entusiastas declaraciones de los intelectuales invitados a las rumbosas celebraciones, tenemos las de Rafael Heliodoro Valle, embajador de Honduras ante Washington, quien declaró que tres acontecimientos iluminaban el cielo de México, de América y del mundo: la fundación del Consejo Cultural Interamericano, el Cuarto Centenario de la Universidad y el centenario del natalicio de sor Juana Inés de la Cruz. Remató sus palabras con la siguiente frase: "México sigue siendo, a través de cuatro siglos, el país rector de la cultura en América".¹⁶ La UNAM, el IPN y el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) organizaron el solemne acto de acción de gracias al señor presidente, que presidieron, junto con políticos y secretarios de Estado, los intelectuales Salvador Novo, Fernando Gamboa (curador de la itinerante muestra de arte mexicano por Europa) y Silvio Zavala.

Los festejos por la cuatricentaria institución educativa duraron varios días. El 20 de septiembre se celebró la Asamblea Extraordinaria de la Unión de Universidades Latinoamericanas.¹⁷ reunión que contó

¹⁵ "Creado bajo los auspicios del doctor Alemán, el primero de sus titulados, no como merced inspirada por la gratitud, sino por su propio merecimiento" (Garrido *dirit*). *El Nacional*, 20-IX-1951

¹⁶ *Ibid*

¹⁷ El Primer Congreso Latinoamericano de Universidades se celebró en la de San Carlos, en Guatemala, en septiembre de 1949

con la representación de cincuenta y tres universidades de nuestra América, así como de algunas de sus homólogas europeas y estadounidenses. Asimismo, se inauguró la asamblea del Consejo Interamericano Cultural de la Organización de Estados Americanos (OEA), la que versó sobre la manera de acabar con el problema del analfabetismo en la región, y el Congreso Científico Mexicano, dedicado a analizar lo que se había efectuado en nuestro país en los últimos cincuenta años en favor del desarrollo de estas disciplinas. Por cierto que la idea de organizar dicha reunión fue de Samuel Ramos, director de la Facultad de Filosofía y Letras; no deja de ser paradójico que connotados humanistas enfatizaran la necesidad de impulsar las disciplinas científicas en nuestro país.¹⁸ Enmarcadas en el optimista clima de la época se encuentran las declaraciones del físico Manuel Sandoval Vallarta, cuando aseguraba entusiasmado que la construcción de la Ciudad Universitaria ayudaría a resolver la problemática de la investigación científica en México, que siempre había carecido de espacio. Efectivamente, en la Torre de Ciencias (hoy Torre II de Humanidades) quedarían albergados los institutos de matemáticas, física, química, geofísica y las oficinas del observatorio astronómico; en los pabellones anexos se alojarían los laboratorios de física nuclear y rayos cósmicos. Por cierto, la ceremonia de instalación de la primera piedra de lo que sería la Ciudad Universitaria se llevó a cabo el 5 de junio de 1950, y correspondió al futuro edificio de la Facultad de Ciencias. El 7 de agosto de ese año se hizo lo propio con el ala de Humanidades, “el edificio más largo del mundo”, que albergaría a las Facultades de Filosofía y Letras y Derecho, y a la Escuela Nacional de Economía.

El momento culminante de los festejos universitarios tuvo lugar el 21 de septiembre, jornada de fiesta nacional, motivo por el cual cerraron todas las dependencias públicas.¹⁹ Ese día por la mañana, en el patio de la Facultad de Filosofía y Letras, en el edificio de Mascarones, se efectuó el homenaje a los fundadores de la Universidad. Ante la estatua de fray Alonso de la Vera Cruz desfilaron los togados, quienes depositaron una ofrenda floral en presencia del cuerpo diplomático y de rectores de provincia y del extranjero. El coro de la Escuela Nacional de Música entonó, en latín, el *Magnificat* de Hernando Franco,

¹⁸ La comisión organizadora del Congreso estuvo a cargo de Alfonso Caso, Ignacio González Guzmán, Manuel Sandoval Vallarta, Manuel J. Sierra, Jesús Silva Herzog y Agustín Yáñez.

¹⁹ En el decreto presidencial alusivo a tal fecha se lee: “El abolengo cultural de tan importante casa de estudios amerita que el acontecimiento se celebre con el concurso de todos los habitantes de la República”, *El Nacional*, 20-IX-1951.

compositor del siglo XVI. El doctor Antonio Gómez Robleda tuvo a su cargo la síntesis histórica de la celebrada institución durante cuatro centurias, lo que realizó durante un lapso de cincuenta minutos ¡en latín! Por su parte, Samuel Ramos hizo lo propio con la vida del “pionero de la filosofía en México”, pero en estricto castellano. En la noche, en Bellas Artes, tuvo lugar la sesión solemne ---de rigurosa toga. Tomaron la palabra Jean Sarrailh, rector de la Universidad de París, Jaime Torres Bodet, a la sazón director de la UNESCO (lo que por supuesto fue debidamente ponderado: por primera vez un mexicano dirigía la máxima instancia mundial de la cultura) y don Luis Garrido. Este último defendió la celebración contra las críticas que argumentaban que, en realidad, la Universidad había sido fundada por Justo Sierra en 1910:

Esta fiesta no es la apoteosis de cosas viejas, arcaicas, frente a los nuevos ambientes y medios de vida. Aspira a recordar que hace cuatro centurias, en estas vastas tierras americanas, se encendió la luz de la cultura, y desde entonces, como antorcha inextinguible, la Universidad ha iluminado los caminos de la Patria, compartiendo sus dolores y alegrías, dando ejemplos de abnegación, lecciones de moral y la constante incitación de poner el saber al servicio de México, y de utilizar los conocimientos en bien de la humanidad.

El rector Garrido no dejó pasar la ocasión sin subrayar el hecho de que, mientras en la Nueva España se acogía “la simiente de la civilización occidental”, en las naciones ahora poderosas “reinaban aún el silencio y la barbarie”. A su vez, el director de la UNESCO apuntó:

Un aniversario, señores, es siempre una cita con el destino. La Universidad Nacional Autónoma de México acude a esta cita con entusiasmo y lealtad. Un pasado ilustre la induce a superarse. Un inmenso futuro le aguarda en esa Ciudad Universitaria, cuyas obras vemos con pasmo. Sobre el paisaje austero elegido para su construcción, los edificios de esa ciudad del mañana son el mejor testimonio de la fe que el pueblo y el gobierno de México depositan en los valores del espíritu.²⁰

La solemne ocasión fue aprovechada para otorgar veintitrés doctorados *honoris causa*; seis se concedieron a mexicanos: Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet, José Vasconcelos, Enrique González Martínez, Ángel María Garibay y Manuel Gamio. Entre los extranjeros destaca-

²⁰ *El Nacional*, 22-ix-1951. Véase igualmente Jaime Torres Bodet, *Memorias*, México, Porrúa, 1981, vol. II, pp. 129-132

ban el citado Jean Sarrailh, Robert Wiener, John Dewey, Paul Rivet, Alfred V. Kidder y Otto Struve. Al día siguiente, el licenciado Alemán visitó las obras de la Ciudad Universitaria e inauguró los Quintos Juegos Deportivos Estudiantiles; posteriormente se trasladó al puerto de Acapulco, a descansar de tanto festejo a Palas Atenea.

La inauguración del Congreso Científico Mexicano fue otro punto culminante de los festejos del cuatricentenario, evento que contó con la presencia del licenciado Manuel Gual Vidal, secretario de Educación Pública, y del anteriormente citado Torres Bodet, representante de la UNESCO ante el mismo. El brillante miembro de los "Contemporáneos" aprovechó la ocasión para advertir acerca de la amenaza que para toda la humanidad representaba la revolución tecnológica en marcha, a la que consideró la más profunda de toda la historia y cuyo punto débil era el apostar todo a una excesiva especialización. Afirmó que ante esta situación, nunca como ahora era necesario formar hombres universales, "ejemplares completos de una humanidad verdaderamente solidaria". Precisamente ésa era la principal misión de las universidades: evitar el empobrecimiento moral y espiritual que podría suceder si se entronizaba la ciencia sin conciencia:

Ninguna universidad digna de ese nombre puede reducirse a ser un gabinete de investigación, una fábrica de diplomas o, incluso, un conservatorio de cultura. Si, abrumadas por su papel instrumental —producir profesionistas— las universidades desdeñaran su aptitud más augusta —la de modelar caracteres de hombres capaces de entender, ayudar y querer a todos los otros hombres—, la enseñanza superior traicionaría la mejor de sus tradiciones y perdería su más egregio timbre de gloria.²¹

La "Dedicación"

LUIS GARRIDO terminaba su rectorado en mayo de 1952; el secretario de la Presidencia, Rogerio de la Selva, llamó a los integrantes de la Junta de Gobierno para solicitarles, por instrucción presidencial, se le reeligiera hasta el término del sexenio. Todos estuvieron de acuerdo; "en aquellos momentos no sabíamos que la reelección condicionada de Garrido se relacionaba con la solemne ceremonia de la Dedicación de Ciudad Universitaria, el 20 de noviembre".²² Otra vez se echó la casa por la ventana: a la ceremonia concurrieron, de toga y birrete, los rectores de universidades de provincia y el cuerpo diplomático en pleno,

²¹ *El Nacional*, 23-IX-1951

²² Silva Herzog, *Una historia de la Universidad de México*, p. 117

así como quince mil estudiantes universitarios de todo el país, amén de invitados especiales de todo el mundo (aunque las obras estaban concluidas en un 80%, y el traslado de las dependencias universitarias se realizara dos años después). Carlos Novoa, presidente del Patronato Universitario y director del Banco de México, declaró en esa ocasión que el presidente Alemán “quiso reunir en una misma fecha resplandeciente la revolución política, la revolución industrial y la revolución espiritual de México”.²³

La ceremonia de la “Dedicación” formó parte de las festividades realizadas para despedir al licenciado Miguel Alemán de la primera magistratura del país; punto culminante de las mismas fue la develación de su estatua en Ciudad Universitaria. La escultura, que lo representaba togado y con un libro en la mano, fue obra de Ignacio Asúnsolo, quien la tuvo que modificar porque el perfil tenía un notable parecido con el del líder soviético José Stalin. A mediados del año anterior se había constituido el “Comité Universitario de homenaje al señor Presidente de la República”, presidido por el doctor y senador Alberto Trueba Urbina; dicho comité fue el responsable de la ejecución de tan brillante idea.

En sus memorias, el ex presidente Alemán escribe que la construcción de la Ciudad Universitaria era un viejo sueño acariciado por todos los universitarios, pero que le había correspondido a él hacerlo realidad, de lo que se consideraba muy afortunado. Afirma que se hizo porque se pudo hacerla, con toda la dignidad y la grandeza que correspondían a una obra de esta categoría, y que en su construcción se invirtieron cerca de 150 millones de pesos, sin perjuicio para la economía nacional. Todo el mundo estaba expectante de lo que los arquitectos, ingenieros, obreros y artistas de México llevaban a cabo: “La edificación de una ciudad enteramente destinada a la formación profesional de sus nuevas generaciones”. La magna obra estuvo a cargo de los arquitectos Enrique del Moral y Mario Pani, junto con Mauricio M. Campos; es interesante añadir que el boceto original fue diseñado por un grupo de alumnos, entre los que se encontraba Teodoro González de León. La coordinación general corrió a cargo del arquitecto Carlos Lazo, uno de los más entusiastas promotores de la Ley Orgánica de 1945, “cuyas directrices favorecieron la tan necesaria adecuación de la vida universitaria a las grandes transformaciones del país”.²⁴ Como observa un estudioso de estos temas, en el conjunto arquitectónico se

²³ *El Nacional*, 21-xi-1952

²⁴ Miguel Alemán Valdés, *Remembranzas y testimonios*. México, Grijalbo, 1987, pp. 320 y 316

logró la integración plástica de arquitectura, pintura y escultura. “Es indiscutible que representa (la construcción de Ciudad Universitaria) un momento de gran creatividad arquitectónica, en correspondencia con la marcha del país. Hoy ya no se proyecta de la misma manera ni con los mismos recursos plásticos. Aquel momento quedó atrás”.²⁵ También quedaron atrás los cálculos efectuados para albergar a la población estudiantil: el cupo se calculó en 30 000 estudiantes, es decir 50% más de los que existían en ese momento.²⁶

Junto a la construcción de la nueva sede se planeó una reforma universitaria de carácter integral, con el fin de adecuarla a los nuevos tiempos. El encargo corrió a cargo de la comisión constituida por los doctores Nabor Carrillo, Francisco Larroyo, Pablo González Casanova y el maestro Miguel Ángel Cevallos, cuya tarea consistiría en realizar una serie de consultas entre catedráticos, alumnos y empleados universitarios a fin de dar cumplimiento a los deseos presidenciales²⁷ (es de suponer que se trató, una vez más, de otro intento fallido de regeneración y mejoramiento de las funciones y objetivos de la Universidad).

El evidente espaldarazo presidencial a don Luis Garrido haría pensar que éste aprovechó el sentimentalismo de la “generación universitaria” hacia su *Alma mater* para llevar agua a su molino. Al contrario, todo mundo coincide en que se trataba de una persona recta, bien intencionada y que trabajó intensamente por la institucionalización y consolidación de la Universidad Nacional. Nacido en la ciudad de México en 1898, egresado de la Escuela Nacional de Jurisprudencia en 1922, ejerció la docencia en derecho penal y práctica forense en dicho plantel; también fungió como rector de la Universidad de San Nicolás de Hidalgo en Morelia, Michoacán. Fue jefe del Departamento Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores y en la década de los cuarenta se dedicó a los estudios económicos y financieros; cuando fue llamado a la rectoría de la máxima casa de estudios dirigía Seguros de México, S.A. Prosiguió con las reformas implantadas por el doctor Zubirán, como la creación de los investigadores y profesores

²⁵ Artigas, “Los edificios de la UNAM”, p. 145

²⁶ *Ibid.*, p. 146.

²⁷ “México aspiraba ya a un desarrollo integral urgido de nuevas promociones de científicos, investigadores, profesionales y técnicos en cuya labor se conjagara su respectiva especialidad y la síntesis propia de una formación auténticamente universitaria; estaba muy en claro cómo debía procederse para hacer posible, junto con la construcción de los edificios, la unidad orgánica de la enseñanza superior, rechazando las tendencias extremas de la dispersión y la acumulación, igualmente nocivas, en favor de una estructura dinámica”, Alemán Valdés, *Remembranzas y testimonios*, p. 317

de carrera, y buscó ligar a la Universidad mexicana con sus congéneres latinoamericanas y de otras latitudes, especialmente de países con culturas similares a la nuestra, como España, Francia e Italia. A nivel nacional, apoyó la creación de la Asociación Mexicana de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior, la actual ANUIES, fundada en 1950. A nivel internacional impulsó la creación de la Asociación Internacional de Universidades, así como la institución que agrupaba a las universidades latinoamericanas, de la que fue presidente. Humanista de viejo cuño, que abominaba del utilitarismo y hedonismo característicos de la actualidad, consumado viajero, abogó siempre porque la ética presidiera las actuaciones humanas. El anteriormente citado Jesús Silva Herzog escribe que durante su rectorado mantuvo a la Universidad en paz, y que realizó “una obra eminentemente útil, desinteresada y constructiva”.²⁸

La labor constructiva del régimen alemanista —que se condensaba en la frase: “Estamos haciendo patria” que don Miguel pronunciaba cada vez que inauguraba mercados, escuelas, presas, hospitales, aeropuertos etc.— cristalizó en la efectiva modernización de la infraestructura material del país, sobre todo en el ramo de las comunicaciones. Pero su mayor logro, en términos culturales, fue la construcción de la Ciudad Universitaria, digno aposento para el “futuro de la Patria”. Aunque se hicieron esfuerzos por dotar también de una ciudad politécnica al IPN, y de aprovisionarlo de nuevos y modernos laboratorios, la verdad es que se dio prioridad al engrandecimiento de la Universidad Nacional, tanto, que se la hizo descendiente de la Real y Pontificia. Como se señaló anteriormente, no faltaron las críticas hacia este recuperado abolengo; por ejemplo, el columnista Renato Leduc escribió, refiriéndose al atentado que sufrió el mural pintado por Diego Rivera en el recién inaugurado Hotel del Prado, cuando airados estudiantes rasparon la frase “Dios no existe” atribuida al Nigromante:

Y allí tienes a la crema intelectual del país gritando y alborotando por problemas que dejaron de estar de moda ya poco antes del año de la nalgada [...] Lo que prueba que la Universidad Nacional y Autónoma de México (antes Pontificia) cada día se vuelve menos nacional, menos autónoma, y menos mexicana, pero eso sí, cada día más pontificia.²⁹

Todo mundo estaba de acuerdo en la necesidad de construir una nueva sede para las dependencias universitarias, pues las ubicadas en el cen-

²⁸ Silva Herzog, *Una historia de la Universidad de México*, p. 119

²⁹ *Hoy*, núm. 591 (junio de 1948), p. 12

tro de la capital del país estaban en estado ruinoso y carecían de la funcionalidad inherente a los nuevos tiempos; pero hay que destacar que los motivos políticos también pesaron en la decisión de trasladar la Universidad a su nuevo hogar en el Pedregal de San Ángel. Era mejor tener a los estudiantes lejos, en el sur, que concentrados en lo que entonces era el centro neurálgico del país. Es cierto que no sucedió lo que temía Salvador Novo, quien asentaba en el mes de abril de 1948 —cuando sucedieron los bochornosos acontecimientos contra el rector Zubirán— que lo que pasaba era que los estudiantes, apenas unos adolescentes, no querían estudiar pero sus padres los forzaban a ello, situación que se aunaba a la carencia de medios de la Universidad para educarlos:

Y ni siquiera puede pensarse que desterrándolos al pedregal en que quieren construirles su ciudad vayan a apaciguarse los adolescentes. Por las trazas, todo lo que puede ocurrir es que allá dispongan de más contundentes proyectiles para romper con ellos la cabeza al martir que acepte ocupar la rectoría por el tiempo que su capricho se lo permita.³⁰

Se tuvieron que construir importantes vialidades para enlazar la Ciudad Universitaria con el resto de la ciudad; a pesar de lo anterior, cuando se efectuó el traslado, en 1954, muchos estudiantes y profesores se mostraban renuentes a moverse hacia el sur, a pesar de la esplendente modernidad arquitectónica que se les ofrecía. Pero las resistencias fueron salvadas, y en muy poco tiempo la nueva sede fue insuficiente para albergarlos: como apunta Carlos Monsiváis, “la Marcha hacia el sur, el abandono del Primer Cuadro, es una expedición ética y estética. Es inmoral vivir como en el virreinato, es horrendo estudiar en donde no hay campus”.³¹

En nuestros días no han faltado los críticos de la influencia que ejercieron los egresados de la UAM, dueños de las altas esferas del poder durante una buena parte del siglo pasado, pues aunque la tecnocracia que nos gobernó desde 1982 obtenía sus doctorados en universidades extranjeras de prestigio, en su gran mayoría seguía reclutándose en tan benemérita institución. Los universitarios pusieron por delante su preparación académica y enarbolaron afanes mesiánicos de redención de masas a la par que se erigían en los titulares de la modernidad rampante, mientras imponían a toda la sociedad su despotismo ilustrado.

Salvador Novo. *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán*. México, CONACULTA, 1994, p. 142

³¹ *Los Universitarios*, tercera época, núm. 34 (abril de 1992), p. 7

Gabriel Zaid, uno de los más lúcidos críticos de esta situación,³² arremetió contra la oligarquía universitaria que llegó al poder en 1946 y que se apeó de él hace solamente unos años, obligados por las nuevas circunstancias históricas que vive el país (tenemos que reconocer que la preeminencia de la UNAM como formadora de la élite política, cultural y empresarial está cada vez más en entredicho). El distinguido intelectual enfiló sus baterías contra la UNAM a propósito del escándalo suscitado por el diagnóstico que de la misma hizo el rector Jorge Carpizo en su documento "Fortaleza y debilidad de la Universidad Nacional", cuando, una vez más, se puso sobre el tapete la necesidad de discutir la problemática de la principal universidad pública del país.

Gabriel Zaid afirma que la UNAM se cree *la* Universidad; fuera de ella no hay más que tribus bárbaras, *cuautilanes* que no cuentan, ya que "en realidad, no existe más que la Universidad, ese Tepeyac del Estado, donde habla el Espíritu". Esta pretensión de universalidad, que viene desde los tiempos de Justo Sierra, encuentra su parangón actual cuando los "unameños" creemos que lo que pasa en la "máxima casa de estudios del país" repercute en todo el territorio nacional. "¿En la historia de México tiene que pasar por la UNAM, la cargada de aspirante a subir al protagonismo histórico, al poder, al presupuesto, pisoteará la UNAM". Zaid considera que esta institución ha crecido tanto que se ha vuelto inoperante y una carga cada vez mayor para el presupuesto federal, por lo que propone que la UNAM se divida, que su macrocefalia se haga manejable transformada en unas cuarenta universidades pequeñas; empero, reconoce que su propuesta es inviable por la mitología que rodea a la misma. Insiste en que deben quedarse en ella "los fósiles, los aviadores, los grillos, los barcos, los demagogos, los que no tienen ganas o capacidad [...] En vez de luchar por impedirlo, hay que aceptarlo, tratar de rescatar lo rescatable y llevárselo a otra parte". Concluye su argumentación el citado ensayista: "Habrà quien piense que abandonar la UNAM es derrotista, o peor aún: traición a la patria. Pero ahí está el error del mito megalómano. La UNAM no es la patria: es una de tantas cosas que tuvieron sentido, crecieron y se arruinaron".³³

A despecho de las fundamentadas críticas, y ante los retos de los nuevos tiempos donde el modelo neoliberal que nos rige se manifiesta todavía más excluyente en términos sociales que en el pasado, a la Universidad Nacional se le presenta el desafío de acabar con los innumerables vicios que arrastra y sacar provecho de las inmensas posibi-

³² Gabriel Zaid. *De los libros al poder*. México. Grijalbo, 1994, pp 15-153 La primera edición es de 1988

³³ *Ibid.*, pp. 149ss

lidades y riquezas que posee para seguir cumpliendo con las expectativas de una población que todavía apuesta a la educación superior como un medio seguro de movilidad social, a pesar de que tal posibilidad se revela cada vez más lejana. Sin embargo, de lo anterior, es preciso reconocer la validez de la declaración esgrimida por el ex rector José Sarukhán, y desde entonces estribillo de sus acosadas autoridades, de que la UNAM era el “proyecto cultural más importante del país” (en el pasado siglo). A los universitarios nos toca decidir si lo seguiremos siendo en el futuro.